

JESÚS DE NAZARET, MAESTRO DE DISCÍPULOS

Introducción

La propuesta, en este momento, apunta a considerar desde la Sagrada Escritura algunos breves rasgos sobre Jesús de Nazaret como Maestro. A la pregunta ¿Quién es Jesús para mí? Una de las respuestas -no la única- es: Jesús es un maestro de discípulos.

Contemplar a Jesús como Maestro, desde la Biblia, regala una dimensión de familiaridad, una dimensión de amistad, de espontaneidad, apoyados en tantas personas que así lo ven a lo largo de la historia eclesial: Agustín de Hipona, Catalina de Siena, Tomás de Aquino, Felipe Neri, Teresa de Ávila, Juan Bosco, Juan María Vianney, Teresa del Niño Jesús, Carlos de Foucauld, Laura Montoya... Con distintas palabras, santas y santos, al adentrarse en la realidad de Jesús como Maestro de vida, descubren el vínculo humano de la amistad, solidaridad y el camino discipular; en varios de ellos, el seguimiento de Jesús los transformó en pastores, y testigos de Cristo Jesús, en contextos marcados por la alegría y la esperanza, pero también por preguntas, problemas, y tensiones.

Por ahora, solo dos rasgos esenciales

La exposición trae solo dos rasgos, dos rasgos de esta fisonomía como maestro, que son muy evidentes en la persona y la acción de Jesús de Nazaret, conscientes de un criterio ofrecido por él mismo: ningún discípulo *"es más que el maestro"* (Mt 10,24; Lc 6,40; Jn 13,16; Jn 15,20), más bien es testigo, transparencia de él, y está invitado a seguirlo.

En san Mateo 10,24, la frase está en el contexto del llamado que hace Jesús de los doce y su posterior envío a la misión. Y en el retrato del discípulo enviado por Jesús, en esta primera misión, la encomienda se circunscribe al perímetro de la tierra de Israel (Mt 10,6), dentro del seno de la comunidad judía, de la cual surge la figura humana de Cristo Jesús, y de la cual provienen también los primeros doce enviados (Mt 10,2-4).

Dentro de la presentación de este perfil están dos elementos, dos rasgos esenciales. El primero: Jesús de Nazaret "obliga" al discípulo a ser una persona de la palabra: *"Ve y anuncia (κηρύσσω, kēryssō) que el reino de los cielos se ha acercado"*. El verbo griego *kēryssō* remite al sustantivo *kerygma*, por lo tanto, la palabra es el testimonio, no los discursos. El anuncio es el discípulo como testigo, él es el *kerygma*, la palabra.

Jesús de Nazaret con su presencia diaria en la tierra de Palestina, con sus palabras y acciones entregaba a todos la esperanza. En Juan 7,32.45-46, están unas frases sugestivas sobre este punto. Los fariseos del Sanedrín enviaron a su policía personal, a los guardias que custodiaban el templo, a arrestar a Jesús. Los guardias regresan con las manos vacías y quedan delante los fariseos y a los sumos sacerdotes.

Los sumos sacerdotes les preguntan: *"¿Por qué no lo trajeron?"*; y la respuesta de esta gente sencilla fue la misma respuesta de la multitud que, sin interrupción y a lo largo de

la costa del mar de Galilea o en los caminos polvorientos de Palestina, se detenía fascinada, a veces incluso deslumbrada, ante las palabras de Jesús: «*¡Ningún hombre ha hablado jamás como este hombre!*» (Jn 7,46).

La palabra de Jesús, su testimonio y sus acciones, dejan caer las manos que sostienen las cadenas. Jesús libera las conciencias, la mente, el corazón, incluso de quienes están al servicio del imperio romano y de las autoridades del templo. Jesús de Nazaret busca un testigo de la palabra, capaz de traer a las gentes de nuestra actual historia una palabra dispuesta a perturbar las conciencias, y lista también para consolar el espíritu.

En la Biblia hebrea las imágenes utilizadas para referir la Palabra de Dios eran imágenes ofensivas, incluso agresivas. El profeta Jeremías dice: "*Mi palabra, dice el Señor, es como un martillo que rompe la roca, es como un fuego ardiente que quema los huesos*" (Jr 23,29; 20,9); o la Palabra de Dios es —como en la homilía a los hebreos— una espada que no se contenta con perforar la piel y la carne, "*sino que llega hasta las coyunturas, los huesos y la médula*" de la persona (Hb 4,12; 12,29).

Pero al mismo tiempo, la Sagrada Escritura nos recuerda – y lo dice el Salterio – que la palabra de Dios es como la miel, cuya dulzura destila (Sal 119,103; 19,10; Eclo 24,20). La Palabra es lámpara, luz en el camino, herencia, alegría y enseña (Sal 119,105-112).

El discípulo del maestro es anuncio testimonial del Reino de Dios, un testigo con el compromiso de sacudir la indiferencia - ¡La gran enfermedad de nuestro tiempo! – capaz de traspasar la piel y entrar en las profundidades del ser; pero, al mismo tiempo, también debe tener, como Cristo Jesús lo demostró durante su existencia terrena, la capacidad del abrazo, del consuelo, de la ternura con quien sufre y va sin un horizonte en su vida.

La palabra como testimonio asume la dimensión de la alegría, de la fiesta. De hecho, si es verdad que Jesús en los Evangelios nunca ríe -eso se dice-, vemos que con frecuencia su anuncio está envuelto en un aura de alegría y esperanza, incluso cuando la persona está sumergida en el oscuro fondo del pecado y del mal: "*Tus pecados te quedan perdonados*" (Mc 2,9), y aquí, otra vez, la esperanza en una vida nueva y transfigurada vuelve a florecer.

La sociedad actual, también la Iglesia, necesita testigos de la Palabra: una Palabra que ataca nuestra banalidad, nuestra distracción, nuestra superficialidad; también decimos: nuestra vulgaridad; pero que, al mismo tiempo, después de habernos conmovido en el corazón, la conciencia y la mente, nos introduce en la serenidad y en la alegría del reino de Dios, en la esperanza de una realidad distinta, a la espera de un proyecto diferente dentro de esta historia, a menudo tan torcida, tan confusa y enredada.

El segundo rasgo

El segundo rasgo de Jesús como maestro, y el cual comparte con sus discípulos, con sus enviados, es la capacidad de realizar las mismas obras, acciones, y las prácticas que el Abba le ha confiado a su hijo. Es tan esencial este rasgo que Mateo 10 lo repite

dos veces, al inicio (Mt 10,1) y al final del envío (Mt 10,8). Los discípulos son enviados para curar a los enfermos, expulsar demonios, consolar y curar a los enfermos. Deben sanar las enfermedades que nos mantienen en la zona de confort. No solo la palabra, no solo los labios están involucrados, sino también las manos, las obras, la praxis.

Hay un dato curioso en el Evangelio de Marcos, aunque solo sea desde un punto de vista cuantitativo y estadístico: si retiramos del texto de Marcos el relato de la Pasión, muerte y resurrección de Jesús (Mc 11-16), y nos detenemos solo en la vida de Cristo Jesús en Galilea (Mc 1-8) y el desplazamiento de Galilea a Jerusalén (Mc, 8-30 a 11,1), el 47% del texto narrativo de Marcos está ocupado por la descripción de los signos (milagros) que Jesús realiza.

Jesús sin pausa se inclina sobre el sufrimiento de la humanidad y quiere que su discípulo sea como Él: que ungir a los enfermos con aceite, liberarlos del oscuro mecanismo del mal, los abra a los horizontes de luz y serenidad.

Entre los muchos gestos que Cristo Jesús realiza para curar a los enfermos en el cuerpo y a los enfermos de cuerpo y de espíritu, asoma uno muy significativo y que expresa la historicidad de la salvación, de la salvación que no sólo se ocupa de las "almas", sino que salva a la persona por entero.

Cuando Jesús de Nazaret sana a los leprosos realiza un acto prohibido por la ley: el Levítico (Wayikra), el tercer libro de la Biblia hebrea prescribe que cuando el leproso se asoma en el horizonte, él mismo debe hacer sentir su presencia gritando: "*¡Impuro! ¡Impuro!*" (Lv 13,45-46), para evitar que los sanos sean contaminados por su enfermedad física y espiritual: según la antigua ley de la retribución se pensaba, de hecho, que aquellos que tenían una enfermedad tan grave y los consideraban así infecciosos, eran, a la vez, portadores de un pecado muy grave: un excomulgado, por lo tanto, civil y espiritualmente.

¿Qué hace Jesús, el maestro? Va por el camino, por el sendero del leproso, lo busca, lo encuentra y, como señalan los evangelistas (Mc 1,40-42), *lo toca* y le dice. "*¡Lo quiero! ¡Queda purificado!*". Lo tocó, como si tomara sobre sí el mal y el sufrimiento del mundo, de ese pobre desgraciado, de este ser humano, hasta ese momento, infeliz.

El discípulo debe sembrar ese signo (milagro) que tantas veces puede ser también la curación física —porque, en efecto, cuántos actos de amor realizan tantos discípulos de Cristo Jesús a través del cuidado de los enfermos—, pero también y sobre todo debe lograr sembrar la semilla de la confianza y hacer florecer de nuevo la esperanza, en el momento del desierto y del dolor.

Conclusión

Hay en Mateo 9 dos imágenes que sirven de preámbulo a Mt 10, pasaje evangélico recién comentado, son cuadros presentes en la Iglesia de hoy, y que hacen de marco excelente para los dos rasgos que Jesús maestro quiere para los suyos: la imagen típicamente

nómada del rebaño tristemente sin pastor (Mt 9,36 // 10,6) – y por ese motivo los grandes testigos de Jesús, siguiendo el ejemplo de Cristo Pastor excelente (Jn 10), son pastores; y la imagen sedentaria y agrícola de la cosecha: una cosecha llena de frutos que, sin embargo, está abandonada a sí misma, ya que no hay segadores (Mt 9,37-38).

He aquí, pues, la necesidad de conservar la certeza de que incluso fuera de la casa, del trabajo y de sus parroquias, en las calles de la ciudad y de los pueblos, hay un rebaño que parece estar muchas veces, y en diversos aspectos, incluso formado por gente mala, es cierto, y muchas veces veteado de cizaña, pero que tiene dentro muchas ovejas ansiosas de ser alimentadas, y tiene también muchas mazorcas de maíz ricas en frutos, en bien. Y nosotros en ese mundo, en medio de ese rebaño y en ese campo, debemos estar siempre presentes para ser testigos con nuestra presencia, palabra y acción que *"el reino de Dios se ha acercado"* y extender así nuestra mano que sana y da esperanza.

Para reflexionar:

1. De esta imagen de "Jesús maestro" ¿qué quiere usted destacar o comentar?
2. ¿Cuál es la importancia de Jesús Maestro en la formación cristiana?
3. Para usted ¿Quién es Jesús de Nazaret? ¿Cómo irrumpe Jesús en su vida?